

J O R G E B A R T U R E N

ETA
bielan
Jurnal

R.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	9
PRÓLOGO.....	11
1ª PARTE. EL PRECIO DE LA DIGNIDAD.....	13
2ª PARTE. VEDA ABIERTA.....	35
Viernes 15 de noviembre 23:50 h.	37
Viernes 15 de diciembre 10:30h.....	41
Miércoles 20 de diciembre 00:30 h.	42
3ª PARTE. LA MUERTE JUEGA CON BLANCAS	83
Jueves 21 de diciembre 8:45 h.....	85
4ª PARTE. EL VESTIGIO DEL MIEDO	129
Jueves 22 de diciembre 07:00 h.....	131
5ª PARTE. EL EXTREMO DE LA HEBRA	175
Viernes 23 de diciembre 10:00 h.....	177
Sábado 24 de diciembre 8:25 h.	187
6º PARTE. LOS PELOS EN LA GATERA	229
Lunes 25 de diciembre 08:30 h.	231
Martes 26 de diciembre 08:30 h.....	251
7ª PARTE. CONTRATO DE SANGRE.....	293
Miércoles 27 de diciembre 9:15 h.	295
Jueves 28 de diciembre	314
8ª PARTE. OFFICIUM CONSUMMARE	341
Viernes 29 de diciembre	354
Sábado 30 de diciembre 00:10 h.	401
9ª PARTE. EXPIRACIÓN	403
10ª PARTE. MI NOMBRE ES P.	435

Domingo 31 de diciembre 2006 10:00 h.....	444
Miércoles 10 de enero de 2007 11:00 h.....	447
Viernes 26 de enero 2007 13:15 h.....	450
SIEMPRE HAY UN EPÍLOGO.....	453
GALERÍA DE PERSONAJES:.....	455
¿QUÉ FUE DE...?.....	465

AGRADECIMIENTOS

A todos los míos y a los que aun sin serlo han sabido estar ahí en los momentos más difíciles...

A quienes me han prestado su rostro después de leer la presente historia, consintiendo en que les hurtara un poquito el alma. Esa generosidad ha permitido que el lector tenga un referente gráfico a la hora de poner rostro a mis novelados personajes. A todos y a cada uno, mi más sincero y sentido agradecimiento.

Aitor Barturen
Marisa Domingo
Alfonso Segurado
Alfredo Escolar
Carmen Pérez
Concepción Blanco
Eduardo Pozo
Elena Clariana
Francisco Menant
Germán Palacio
Gloria Cano
Imanol Barturen
Inma Broseta
Iñaki Calvo
Iñigo Marucci
Irene Abascal
Izaro Barkala
Jaime de la Pinta
Javier Areitio
Joan Nicolau
Joseba Urrutxi
José M^a Martínez
José M^a Martínez V.
Juanjo Marcos
Lauro Clariana

Luis Gamero
Luis Gomera
Luis Antxutegui
Luis M^a Larrazabal
María José Matilla
Maribel Ruiz
Marta Clariana
Martín Martínez
Melanie Parejo
Mikel Calvo
Mikel Martínez
Mikel Unzueta
Miren Zárraga
Mónica Clariana
Roberto Seijo
Rosa Cano
Salvador M. Gómez de Salazar
Sonia Climent
Txaber Gandiaga
Txomin Samp Pedro
Txus García
Vicente Arcenilla
Vicente Fernández
Zuriñe G. Ramila

El autor.

PRÓLOGO

Más de uno se preguntará qué hay de cierto y cuánto de fabulación en este libro bien, la respuesta no es sencilla dada la densidad del drama que refleja. Supongo que amén de modificar los nombres de algunos personajes públicos y maquillar alguna que otra situación altamente reconocible con la inapreciable ayuda de la ficción que sale de mi pluma, no he hecho más que relatar retazos que emergen del subconsciente colectivo debatiéndose entre lo que fue y lo que pudo haber sido.

Cuando el 10 de enero de 2011, ETA declaró un alto el fuego “permanente, general y verificable”, todos nos quedamos un poco parados conteniendo la respiración a la espera de otro decepcionante sobresalto. Transcurrieron unos meses durante los que gran parte de la población expresaba “*sotto voce*” sus dudas, pero constatando que algo aun mínimamente estaba cambiando, sobre todo, porque a la inactividad armada se sumaba una desaparición total de la Kale Borroka en las calles vascas. Pasó el verano y llegó el 20 de octubre de 2011, otro pasito más medido y planificado: ETA anunciaba el fin de la lucha armada.

“Esta vez sí”, “Además no les queda otro camino con el cisma de la izquierda radical”, “No tienen recursos económicos, carecen de infraestructuras”, “Están más infiltrados que un queso gruyere”, “El satélite yanqui les ha jodido vivos”, “El monolitismo de su colectivo de presos se va rompiendo”. Es curioso, todo el mundo tenía algo que decir, todo el mundo quería apostar por que aquella enésima tregua iba a ser la definitiva. Además, quien más quien menos necesitaba creer que incluso en nuestra inacabable película de miedo podía encajar un final feliz.

Hubo mensajeros agoreros que negaron por sistema cualquier opción a la esperanza, hubo irreductibles que se enrocaron a mayor gloria de la nada... y también hubo valientes de ambos signos que arriesgaron algo más que una manoseada porfía en la tediosa y resabida tertulia radiofónica de turno.

Esta historia arranca unos pocos años antes, cuando la radiante primavera campaba verde y reparadora en todo el País Vasco, cuando el despertar de la naturaleza nos sacaba de la nebulosa de un largo invierno; meses en los que la actividad terrorista había dejado en la cuneta los cadáveres de media docena de desgraciados discrepantes. Pocas cosas habían cambiado en los últimos años, continuaban similares rostros, los mismos grandilocuentes y gastados discursos, idénticas condenas, más brindis al sol y gestos al tendido... pero pasó algo, algo inesperado y duro, un dramático hecho que en conjunción con otra serie de circunstancias abrió la caja de Pandora...

1ª PARTE. EL PRECIO DE LA DIGNIDAD

*“Un acto de justicia permite cerrar un capítulo;
un acto de venganza escribe uno nuevo”.*

Marilyn Savant.

Guillermo Trueba había pulsado infructuosamente el timbre del portero automático, hasta que la fortuita salida de un vecino hizo que se decidiera a subir. Introdujo muy despacio la llave en la cerradura mientras sujetaba torpemente el abultado portafolio bajo la axila izquierda. Una batería de negros presagios atenazaba su cerebro desde primera hora, en particular desde que comenzara a leer despreocupadamente los mensajes del teléfono móvil mientras apuraba su desayuno.

Las palabras que su hermano Rubén había dejado registradas no pintaban nada bien: “Guillermo, ven a casa en cuanto puedas, trae las llaves y úsalas, yo no estaré. Encontrarás una agenda granate y algo más sobre la alfombra. Gracias y sobre todo perdóname”. Empujó la puerta mientras el sensor de movimiento accionaba las luces halógenas y estas iluminaron el espacioso recibidor sin dejar margen a las medias tintas. Justo en el centro de la vistosa alfombra oriental, cuidadosamente dispuestos aquellos tres objetos hablaron por sí mismos.

Guillermo sintió de golpe un irresistible calor en las mejillas y en la frente. Se tambaleó levemente y cayó de rodillas a escasos centímetros de aquellos inertes pero reveladores efectos de su hermano. Retiró con sus temblorosas manos el llamativo reloj deportivo que solía lucir Rubén y la cartera de cuero negra e impersonal tomando aire antes de abrir el sobrio dietario granate.

Aquella letra amartillada, prácticamente vertical y carente de bucles, solo podía corresponder a Rubén Trueba Cayón.

Cuando la puerta se cierra a mis espaldas y deposito las dos voluminosas maletas en el suelo, me quedo unos momentos absorto en el silencio que domina el vestíbulo, vacilando, percibiendo como esta mano derecha que sujeta las llaves, secunda el temblor que recorre todo mi ser.

Saldría a la calle corriendo, gritaría a los cuatro vientos ciego de dolor que ya nada me importa, que mi mundo se acabó hace un año, que solo sigo vivo porque somáticamente presento unas constantes vitales, sin embargo y contra todo pronóstico no lo he hecho y tras tragar saliva me he adentrado en el salón de mi hogar.

Arrastro los pies como un viejo, me froto los ojos sintiendo como las lágrimas siguen en el mismo lugar donde han permanecido estos largos meses, congeladas en el fondo de mi cerebro. Me martiriza una tremenda presión en

las sienes, que unida al sempiterno sudor frío de mi espalda se han convertido en inseparables compañeros de este particular infierno.

Huele a cerrado, a vacío. En el dormitorio principal observo ensimismado la fotografía que preside la estancia. Siempre me mostré algo crítico con el entusiasmo de Sonia por colocar esta imagen vacacional y frívola junto a dos láminas de Ray Webster, adquiridas a precio más que ventajoso en el Barrio Latino de París; ella discrepaba diciendo que aquella fotografía del verano del 94, haciendo ambos el pino puente en la playa de Roquetas, rezumaba libertad y aire fresco.

Recorro todos y cada uno de los rincones de la casa buscando un no sé qué, un hálito de vida y presencia, pero mis sentidos solo perciben los jadeos que el asma me produce. Sucumbo a la tentación y abro una de las puertas del armario de Yoli, sus vestidos infantiles cuidadosamente alineados en el perchero suponen un mazazo para mi mermada presencia de ánimo.

Allí, entre aquellas cuatro paredes Sonia y yo habíamos construido un universo a nuestra medida, un lugar de sosiego y paz. En este particular cosmos nos conocimos en profundidad, fraguamos nuestras complicidades, aprendimos a respetarnos, nos amamos...

—No debes ir solo Rubén —me ha reconvenido mi hermano esta mañana mientras tomábamos un café—, creo que tu decisión es un poco prematura y debieras quedarte con nosotros unos meses más.

—Lo sé y créeme que te lo agradezco —le he respondido tratando de improvisar un gesto de gratitud que al igual que el resto de sentimientos, mi rostro se muestra incapaz de manifestar—, pero tengo que ir. Tan solo te pido que me guardes a buen recaudo este sobre durante unos días. No me preguntes nada, ya te lo aclararé.

El día se extingue, pero desesperantemente despacio. Consulto mi reloj que marca con helvética precisión las 20:00 h., faltan doce horas para que abran los colegios electorales.

Es curioso, las vidas, entes superiores, realidades trascendentes se extinguen y las máquinas, secuelas de nuestra presencia terrenal nos sobreviven. Somos tan efímeros que nuestros proyectos vitales siempre resultan decepcionantes. Mi vida se extinguió junto a la de Sonia y nuestra hijita hace 391 días. Mi alma yace enterrada junto a sus destrozados cuerpos convertidos en muñecos rotos en la sepultura 1854b del bilbaíno campo santo de Derio.

Había escuchado en numerosas ocasiones que, tras padecer situaciones dramáticas y traumatizantes, muchas personas evolucionan de los shocks

porque su voluntad de vivir y su instinto de supervivencia les mueven a recuperar la cordura; yo no quiero recobrar el juicio, ni deseo salir de este bache todo ese discurso me sobra.

Antes de empezar toda esta locura las cosas ya se estaban deteriorando. Durante el último año, el diario había sufrido el acoso del terrorismo de forma reiterada: un colaborador asesinado, el domicilio de uno de los abogados de la gestoría atacado y las fachadas de nuestras oficinas y talleres constantemente saboteados; les empezaron a llamar peligros colaterales. Cuando el miedo en estado puro invade tu vida y entra a saco en tu cotidianidad, la reacción más normal es el silencio. Primero divagas en la nebulosa de la ficción tantas veces oída visionada y relatada en prensa y televisión, no dando crédito a que el monstruo esté pasando por delante de tu puerta, luego llegan el estupor y la inexplicable vergüenza.

La mañana en que un subdirector dejó entre otras mesas, una nota en la mía que sin retórica rezaba: “el martes, en el salón de briefing, la Ertzaintza nos mostrará un video sobre medidas de seguridad y autoprotección, dándonos algunos útiles consejos. Guillermo debes acudir”, sentí que la boca se me empezaba a secar sin motivo aparente, volviéndome más esquivo y desconfiado.

La redacción se fue convirtiendo en un laboratorio de miseria humana, la solidaridad que usualmente se venía expresando para con otras víctimas menos próximas, fue mayoritariamente barrida por la turbación y gradualmente sustituida por una suerte de apartheid, directamente proporcional al grado de peligro en que se hallaba cada uno.

Algunos de los componentes de Deportes, antaño comunicativos, ocurrentes e incansables organizadores de porras y saraos enmudecieron de la noche a la mañana. Las chicas de Local, otrora bromistas y dinamizadoras del “cafecito de la esquina”, fueron presas de una repentina “labor manía compulsiva”; se impuso la supervivencia.

Aquel día, cómo olvidarlo, era un maravilloso viernes prelude de un fantástico fin de semana primaveral. Como no es muy usual que un redactor de la sección de política e interior libre un fin de semana completo, habíamos planeado todo minuciosamente: pasaríamos dos días haciendo senderismo en Cantabria, lejos de las preocupaciones, del temor y de los sobresaltos.

La víspera preparamos los equipajes con auténtico regocijo, viajar con críos multiplica el volumen de los equipajes hasta límites insospechados; Sonia solía repetirlo con frecuencia, pero con ese espíritu dinámico y positivo que sabía imprimir a todos sus comentarios. Era así, constructiva y muy alentadora. Podía racionalizar y contextualizar todo tipo de situaciones. Era

valiente, con el coraje que todo el mundo busca cuando el suyo se agota, era mágica... Se había abierto un hueco en el mundo de la literatura a base de tenacidad, porque a priori sus novelas siempre resultaban incómodas, o cuando menos políticamente incorrectas.

El jueves camino del trabajo, había dejado el coche en el taller mecánico que mi amigo José Luís Balboa abrió hace años junto a la universidad de Deusto para que me lo pusiera a punto. Gran persona Pepelu, estudió conmigo en los Maristas pero cuando aún no había cumplido los quince años su padre murió de un aneurisma fulminante, dejándoles el cielo por montera y un pequeño local de lavado y engrase a medio pagar. De esta forma y en un orden de prioridades que la vida y sus mezquindades impone a veces, tuvo que dejar el colegio y apretando los puños ponerse un buzo y hacer jirones toda su adolescencia.

Siempre recordaré la entereza que demostró el día de aquella infumable huelga general. El entorno del MLNV, llevaba toda una semana de coacciones y el miedo se había generalizado entre los comerciantes por las múltiples amenazas recibidas. Era muy pronto, apenas las 9:30 h., los piquetes madrugaron con el tradicional pasacalle de extorsión, había que socializar el temor.

Pepelu se situó pacientemente a la puerta de su taller hasta que apareció uno de aquellos grupos merodeando por la acera. Sujetó entre sus enormes manos con gesto despreocupado una llave inglesa de tamaño descomunal mientras sin miramientos se dirigía hacia la docena de “patriotas” que componían el piquete:

—Vamos a ver chicos, hoy es un día flojo de trabajo y os puedo atender al momento.

Separé los párpados con cierta dificultad al percibir como alguien a mi lado con delicadeza y sigilo me arropaba, distinguí la silueta de Sonia recortada contra la tenue claridad que se filtraba entre las ranuras de la persiana, giré unos grados el rostro para observar el iluminado dial del radio—reloj de mi mesilla, este indicaba las 8,15 h., fui a decir algo, pero ella puso suavemente su mejilla sobre la mía.

—Duérmete cariño, ya sé que hoy has venido tarde y me imagino el motivo, lo acabo de oír por la radio.

Acaricié ligeramente su rostro mientras lo alejaba del mío y un tanto amodorrado le expliqué que habíamos tenido que cerrar edición a las tantas.

—Piensa en otra cosa —me regañó—, sé que conocías bien a Vicente, pero me niego a que nuestra vida este constantemente presidida por el dolor, así es que relájate un poco y descansa.

Esa fue la última vez que sentí el tacto de su piel, pero estaba tan ausente e impresionado por el asesinato de Vicente Amilibia, portavoz de Paz y Libertad, que en absoluto valoré el gesto; hoy me esfuerzo por revivir milimétricamente esos segundos que fueron el último contacto físico con ella, con sus manos, tibias y delicadas componiendo el embozo de la cama, cubriéndome amorosamente.

—Escucha dormilón, llevo a la niña al cole, luego nos vemos —me dijo despidiéndose—, ¡ah!, fui a recoger tu coche ayer a última hora, te lo voy dejar en el garaje.

Quise decirle algo, pero ya se había marchado, creo que oí parlotear a lo lejos a Yoli, mientras su madre le rogaba que cogiera de una vez la mochila.

Abrí los ojos automáticamente, sobresaltado nada más percibir el ensordecedor ruido que en primera instancia atribuí a un trueno; el edificio había vibrado. Me incorporé expectante y agucé el oído. El fragor y la intensidad de lo que fuera, había disparado varias alarmas. Me dirigí hacia la zona de la casa que daba a la plaza donde se ubicaba nuestro domicilio. Una chimenea de humo negro se alzaba sobre los edificios de una de las calles adyacentes, los viandantes se hallaban como pegados al pavimento y señalaban tímidamente con dirección a la oscura humareda. Con el corazón acelerado comencé a vestirme, sintiendo como el familiar ahogo se iba convirtiendo en indeseable partenaire de los negros presagios que mi cerebro empezaba a albergar.

No sé cómo me calcé, ni tan siquiera recuerdo el tránsito hasta la calle, ni los ojos desorbitados por el terror de dos o tres mujeres con las que me crucé. No habían transcurrido aún cinco minutos desde la espantosa deflagración, cuando doblé la esquina con dirección a la espectacular fumarola que comenzaba a cargar el ambiente de volátiles restos de carbonilla.

—Por favor, por favor —decía para mis adentros descompuesto y congestionado por la carrera— Que no sean por favor, que no sean...

Una patrulla de la Ertzaintza, apareció a mis espaldas rebasándome por el centro de la calzada con sus luces azules centelleando tan rápidas como mi corazón. Me paré en seco y grabé en mi cerebro aquella imagen que mis recalentadas retinas se resistían a dar por buena, aquel retrato infernal que pasó a presidir todos los archivos de mi cerebro.

Los restos de algo que fue un coche, destrozado, retorcido y envuelto en llamas yacían sobre unos contenedores. Los árboles colgaban de sus inertes y quebradas ramas restos irreconocibles de una amalgama inconcreta y turbadora.

El suelo, quedó cubierto de un fúnebre manto de diamantes cortantes, en tanto las ventanas lucían perpetuos guiños de espanto por sus desvencijados y mudos vanos. El cielo se amalgamó de grises magnetitas y sórdidos matices cianóticos, mientras mi corazón cayó por un abismo cuando sin lugar a dudas comprendí, que aquel fragmento amarillo que descansaba a un palmo de mis pies, no era sino parte del portón trasero de nuestro todo terreno.

Aparté la vista instintivamente, no queriendo dar crédito a la imagen que captaban mis ojos, pero una sacudida en lo más profundo de mis entrañas me empujó a volver a mirar. En aquel encuadre de muerte y ceniza, donde el tiempo se había ralentizado, un ertzaina con el gesto desencajado por la perplejidad y el horror, gesticulaba y me decía cosas incomprensibles. Asiéndome por los brazos trataba de contenerme, de parar mi avance hacia aquella mixtura letal donde incuestionablemente se estaba consumiendo entre las llamas la razón única de mi existencia.

Desperté en el hospital con una mascarilla oprimiéndome el rostro. Aquella voz femenina que trataba de mostrarse cariñosa me susurró al oído:

—Rubén te hemos dado un calmante bastante fuerte, intenta descansar, has tragado mucho humo.

Sentí el cuerpo muy pesado, se diría que alguien tiraba de mis extremidades. La insoportable opresión que me aplastaba el pecho solo se veía paliada por aquella levedad de artificio que me proporcionaban los sedantes.

Luego, más tarde, sin poder asegurar cuánto tiempo había transcurrido desde la anterior secuencia, mi cama fue rodeada por varios familiares secundados por alguien que creí entender era psicólogo. Las interminables expresiones tranquilizadoras y de aliento sonaban en mis oídos como procedentes del otro lado del cosmos. Aquella noche el médico me anunció que al día siguiente podría abandonar el hospital.

Los escalones del Instituto Anatómico Forense estaban pulidos y desgastados, mil veces transitados por la angustia y el paso tembloroso del que se dirige a uno de los tragos más devastadores que alguien pueda imaginar.

El vestíbulo resultaba gélido y acorde con el cometido del edificio. Firmé algo relacionado con la incineración tras ahorrarme mi pobre hermano el amargo trago del reconocimiento forense.

Aquella tarde mientras me abotonaba como un zombi la americana de un traje azul marino, percibí que la ira más salvaje e irrefrenable se iba adueñando lentamente de todo mi cuerpo. Un imperceptible temblor unido a una ola de calor se instaló en mi cabeza. La visceralidad más atávica y violenta fue introduciéndose por todos los poros de mi piel.

La maldita y kilométrica lista de muertes violentas a manos de los terroristas, había creado una cultura del luto, una hipócrita liturgia post mortem sustentada por un infumable y farisaico protocolo. Se trataba en definitiva de calmar conciencias y ser bálsamo canalizador de las reacciones más humanas y primarias.

Ante mí desfiló durante años, la sociedad civilizada europeísta y acomodada que me rodeaba, auto disciplinándose cada nuevo atentado bajando la cabeza y mirándose al ombligo.

Eran lustros constatando con desolación como tras cada crimen, multitud de gentes que eran mis vecinos, mis iguales, seguían haciendo prevalecer en sus vidas la cobarde máxima de que todos los días amanece; el mezquino temor en suma a perder sus miserables pertenencias terrenales. Llevaba demasiado tiempo escuchando en mi entorno la pávida cantinela de las grandes palabras.

Asistíamos a todas las manifestaciones de repulsa que se convocaban tras los atentados, nos daba lo mismo quien fuera el promotor, marchábamos de la mano y en silencio. Al anochecer cuando volvíamos a casa, Sonia buscaba siempre un momento adecuado para acercarse y susurrarme suavemente aquello de “Hemos hecho lo que está bien corazón, hay que hacer número, ¡Cuántas concentraciones!, ¡cuántos minutos de silencio!, ¿para qué?”

Un buen día, Sonia y yo dejamos de engordar cifras. Fue una decisión que tomamos prácticamente al unísono. Habían asesinado a una pareja en Sevilla, vimos las imágenes de los cadáveres cubiertos por dos sábanas blancas, uno tan cerca de otro, parecían querer aproximarse inútilmente mientras su sangre se deslizaba entre los meandros del pavés que cubría aquella parte de la ciudad.

Habíamos estado hacia un mes en la capital hispalense, recorriendo el barrio de Santa Cruz y pateando el dédalo de calles donde los “matarifes” ejecutaron a aquellos desgraciados. ¿Su crimen?, comulgar con unas ideas diferentes a las que vienen dictando estos auténticos “magistrados de la cadaverina”. Nos quedamos azorados y nuestra visión de la tragedia se tornó más pesimista.

Miro al reloj de la cocina mientras sitúo la bolsa de deportes sobre la mesa, son las tres de la mañana, faltan exactamente cinco horas para que los colegios

se constituyan en estas, a decir de los analistas políticos, cruciales elecciones autonómicas.

Abro del todo la cremallera para extraer con facilidad una consistente caja de cartón envuelta en papel de periódico, noto el peso de la misma entre mis manos, unos 480 grs., a decir del manual de armas cortas que he adquirido en la librería Salazar. Retiro cuidadosamente las amarillentas hojas y abro el estuche, la funda del arma es de cuero negro y más que ajado. Coloco cuidadosamente la pistola sobre la palma de mi mano y la observo, tiene cerca de 70 años, supongo que la conozco en casa desde siempre, nunca he sabido con exactitud de donde procedía, tan solo que mi padre la heredó del suyo y que mi abuelo probablemente se pasó media vida planeando arrojarla a la ría, para librarse de los problemas que pudiera acarrearle el estar en posesión de este cacharro en aquellos difíciles años. Cuando murió mi padre hace 8 años, mi madre nos dio algunos de sus objetos personales. No sé por qué la cogí, tal vez debido a que durante mi niñez el saber que en algún escondrijo de la casa había una pistola, se había convertido en un pequeño tabú para mí.

Observo fijamente aquel trozo de metal negro. La corredera presenta varios arañazos y ha perdido gran parte de su pavonado. Leo con dificultad la leyenda troquelada, "Unceta y Compañía, Guernica España. Astra mod. 300". Hace como un par de años, cuando ni en la peor de mis pesadillas imaginaba esta locura, le enseñé la pistola a Ignacio Sagarna, amigo de infancia, experto en armas, tirador olímpico hasta hace no mucho y gran aficionado a este curioso mundillo.

—Estos "hierros", solo pueden verse actualmente en algún museo, en las cárceles brasileñas, o como verdadera rareza en alguna subasta de la Benemérita, vamos que tienes una joya —me aclaró con una mueca no exenta de sarcasmo.

Me imagino que la expresión de mi cara fue de una clara estupidez.

—Entonces, ¿tal vez lo más cabal sería deshacerse de ella? —pregunté algo confuso a Ignacio, quien echó mano de su registro más condescendiente para aclararme que le miraría las tripas y me daría una contestación.

Abro con meticulosidad la abultada carpeta de piel negra y presiono el interruptor del flexo, luego aproximo el haz de luz azulada que proyecta sobre las fotografías que voy desplegando en el granito gris marengo de la ovalada mesa. ¡Cuántos desayunos compartimos alrededor de ella! Grapada a todas las instantáneas, una pequeña hoja cuadriculada contiene una completa filiación de cada uno de los individuos.

Conozco de memoria sus nombres, su historial, el año que entraron en la política, su domicilio, su nivel de implicación...

Escudriño con interés el rostro mal rasurado de Sabino Kortabarría, el gesto altanero de Borja Artiach, la oscura mirada inexpresiva de Bernardo Gopegui, los ojos hundidos en ese desagradable cráneo braquicéfalo de Irune Gabilondo. Elucubro de continuo qué pasa por sus cabezas cuando se desayunan con la noticia de un nuevo atentado. A veces ficciono pensando que tendrán un impulso humano y se sumirán en un respetuoso silencio, semejante al de los soldados, cuando tras tomar una posición al enemigo entierran a los muertos de ambas partes y honran su memoria sin hacer distinciones, ¡vana ilusión!

Todos ellos son autores intelectuales de los crímenes más horribles, pero ahora su impunidad se ha acabado. Van a sentir en sus entrañas la sensación del miedo, de la duda más inquietante, la desagradable quemazón y el ardor de estómago que sobreviene al sueño y a las vigiliadas continuadas, porque a partir de este momento la veda se habrá abierto, detrás de mí acción vendrán otras... Llevo diez meses recopilando información, siguiendo sus movimientos, controlando sus costumbres y evitando tanto las vigilancias como las contravigilancias de Policía Nacional, Ertzaintza, Guardia Civil..., desde que mi directora me dijo que me fuera a casa y el médico corroboró la opinión de la anterior, dándome la baja, me he propuesto dar un sentido a mi vida o a lo que sea esto.

Sé que es miserable, que es un dinero obscuro y manchado de alguna manera con la sangre de los míos, pero la desorbitada cantidad que ha reportado la póliza del seguro de vida de Sonia, servirá para poner de forma definitiva las cosas en su sitio.

Frote con la bayeta cada una de las cabezas de los proyectiles, repaso cuidadosamente los culotes de las vainas, cerciorándome de que ninguna presenta deformaciones. El 9 mm. corto no es precisamente el calibre más adecuado para mis pretensiones, pero confío en que será suficiente.

El día que Ignacio me devolvió el arma, anunciándome que contra todo pronóstico funcionaba, evidentemente no se me ocurrió pedirle munición...

Cuando urdí mi plan tuve que arriesgarme para conseguirla. No sabía a quién recurrir. Sin una idea muy clara y concreta de dónde hallarla, compré una revista llamada "Soldiers & Guns", que se trataba de la clásica publicación de pirados por la balística, el miniaturismo y la parafernalia bélica.

En la sección de anuncios y compra-venta, observé que numerosos lectores ofertaban armas de todo tipo, verdaderas, simuladas y de coleccionismo. Me llamó la atención un anuncio que rezaba:

“Vendo Beretta 9 mm., modelo 1940 inutilizada. Pavonado impecable. Regalo estuche de baquelita original con escudo del CTV, útiles de limpieza y funda de cuero del ejército italiano”.

Contacté con el propietario y tras aceptar su precio sin remilgo alguno, le pregunté por la munición del arma. Afortunadamente al vendedor le pareció de lo más normal que me interesara por coleccionar igualmente algunas balas correspondientes al modelo, por lo que me proporcionó una caja sin mayor problema. La inutilizada Beretta, acabó su dilatada existencia en el lecho del Nervión.

Cada vez que levantaba la mirada y observaba los dos féretros, sentía una losa en mi nuca y una flojera que casi me hacía perder el sentido. Al percibir mi desfallecimiento dos brazos amigos me sujetaban. Vino mucha gente, no faltó nadie de la prensa. Los rostros desfilaban uno tras otro frente a mí. Miradas sinceras, otras cargadas de angustia, otras rememorando milimétricamente el hipócrita papel tantas veces representado. Alguien me puso en antecedentes de que venía el Lehendakari; Félix Bergaretxe no era en absoluto un extraño para mí. Cuando entré de meritorio en la sección de local y me comía todas las soporíferas sesiones y consiguientes ruedas de prensa en la Diputación, Bergaretxe era la mano derecha del Diputado de Transportes. Diez años después cuando reapareció en la arena política con su flamante cargo de Consejero de Agricultura y Pesca, volví a coincidir con él y me trataba por mi nombre.

Mientras una lágrima salobre y caliente recorría mi mejilla enervando la irritada piel que impregnaba a su paso, observé como se me acercaban algunos miembros del Gobierno Vasco.

El primero me dijo algo que no alcancé a entender mientras me presionaba con suavidad el antebrazo izquierdo, luego el Jefe del Ejecutivo me abrazó solemnemente susurrándome al oído palabras entre las que creí distinguir “Dios” y “perdón”. De verdad, quise decirle algo que tuviera sentido en aquel momento, pero entreabrí los labios y de mi boca no salió nada salvo un jadeo. Durante las últimas semanas, he rememorado esta secuencia conjeturando en mi continua desazón arranques de desesperada sinceridad, en los que le escupía a la cara lo que pensaba de él y de su camarilla.

“Tanto el funeral como la posterior manifestación de duelo en memoria de la escritora Sonia Balenciaga y de su hija Yolanda, vilmente asesinadas por la